

Daniel Sorín

El hombre que engañó a Perón Capítulo 1



1

Mi nombre, por inclinación y desaprensión familiar, es Julián Benito de los Santos Amores; mi apellido, Pérez de Alesio. Tal desmesura no se debe a mi abuelo Julián, un médico de nota que asistió en los malos momentos a Mansilla en la feroz Curupaity, ya que, tal como dictaba su época, profesaba un decidido positivismo. Tampoco a mi padre Horacio, quien fue un ateo convencido aunque supo pagar el precio que le exigió el amor. Cuando nació el siglo XX se casó con una joven de belleza singular, mi madre, Catalina Durante. Criada en una familia donde abundaban los clérigos, muy acostumbrada a cumplir los preceptos canónicos, la novia exigió un casamiento como se debía.

Dos años después de la boda, en mayo de 1905, nací yo. Fue la porfiada inclinación religiosa de mi madre la que me destinó los nombres de Benito de los Santos Amores. Mientras ella tramaba tamaña sinra-

zón, mi padre, con atea desaprensión, no decía esta boca es mía. Para mi suerte —sepa él disculpar—, días antes de mi nacimiento murió inesperadamente de un fallo en el corazón mi abuelo Julián. Fue entonces que ella, tan respetuosa de los muertos como era, decidió, en honor al difunto, prologar su Benito de los Santos Amores con el simple Julián. ¡Enhorabuena!, pese a la exaltación entusiasta y despiadada de sus fieles, Dios existe.

Abundantes y pegajosos, estos nombres han sido un suplicio para mí. Debo confesar que nunca pude perdonarle a mi madre semejante dislate. Yo sé que Freud diría otra cosa, pero él qué sabe de llamarse Benito, y lo que es peor de los Santos Amores. Fue bautizado Sigmund, pero como no vivió en un país de habla española se salvó de ser Segismundo. Que no es lo mismo. Los nombres encierran una fatalidad imposible de romper; quisiera ver a dónde hubiese llegado Freud llamándose Segismundo, o si los amantes de la poesía leerían con idéntico entusiasmo *Canto a mí mismo* escrito por un tal Walterio.

Dolorido por tal injusticia, nunca le di el gusto a mi bella Catalina en cuanto a asuntos de sotanas: nunca comulgué y jamás me confesé con un cura.

Cuando entré en la universidad, a mediados de la década de los veinte, la Reforma era un hecho; seguí estudios de ingeniería, pero mi verdadero interés estaba en la Física. De día, y de noche en mis sueños, me devanaba los sesos tratando de explicarme a Einstein.

El año en que terminé los estudios, una epidemia inesperada llegó silenciosamente al puerto; como un

enorme barco negro que atraca en la neblina permaneció atemorizante. Lejos, una crisis tenebrosa había sacudido Wall Street. Se contaban historias de magnates que se habían arrojado al vacío desde las alturas de su poder y sus rascacielos. Veíamos en los noticieros del cine las colas de hambrientos que habían perdido su trabajo, que esperaban nada a merced de la nieve, ajenos ya de toda esperanza.

La nave y el miedo se llevaron puesto a Yrigoyen. No me importó. Lo veíamos como un viejo inoperante que no podía dirigir un gobierno de corruptos. El 6 de septiembre mis amigos y yo salimos a festejar locos de alegría, los discursos de ocasión y la demagogia habían muerto, íbamos a ser un país en serio, sin las bagatelas de la política criolla. Tres meses después algunos de mis cofrades estaban presos.

Con los primeros calores del verano conocí a un hombre de unos treinta años, delgado pero vigoroso, poseedor de una inteligencia extraordinaria, sutil, escrutadora y profunda. Fue durante una reunión social a la que asistí suponiendo la presencia de cierta mujer. “El doctor Gaviola”, me informó el anfitrión al presentármelo. Le estreché la mano, yo lo conocía de nombre y de fama.

—Así que a usted le interesa la Física —me dijo sorprendido—, no esperaba que hubiera otro loco en la velada.

Se entabló entre nosotros cierta complicidad a la que no fueron ajenos los buenos alcoholes. Ya era muy tarde cuando me confió que el legendario Richard Gans le había dicho que, si realmente quería estudiar Física, tenía que viajar a Europa.

—Y yo me inscribí en Göttingen —terminó, satisfecho.

Allí Gaviola había estudiado con Frank y Born, dos premios Nobel, y después en Berlín con otros cuatro: Plank, von Laue, Einstein y Nernst.

Aquella era una época heroica y lo sabíamos. El conocimiento avanzaba inexorable, aunque de forma menos perentoria que las incógnitas, que parecían multiplicarse casi hasta el infinito.

Ahora Gaviola estaba de regreso en la Argentina, y ahí lo tenía, delante de mí. Aquella noche cambió mi vida aunque la dama, para mi suerte o para mi desgracia, nunca llegó a la tertulia.

Nada se compara con la imaginación. Quien no da crédito a sus ojos, quien se encuentre sorprendido, rebalsado por el imperio de los sentidos, no es un soñador; porque la realidad es grandiosa sólo cuando la imaginación es cobarde. La mañana de julio de 1931 en la que vi por primera vez el edificio de la Universidad de Göttingen sentí una inesperada desilusión. La entrada era de dos hojas, alta pero estrecha, custodiada por cuatros simples faroles clavados en el empedrado del parque; tenía otras tantas ventanas, sobrias, sin mayores arabescos, dos a la derecha y dos a la izquierda. Un edificio más bien pequeño de dos plantas, cuya arquitectura no se comparaba con lo que yo había conjeturado y que, ciertamente, no parecía haber albergado en los últimos doscientos años a buena parte de las mejores mentes de Europa.

Fundada por el que luego sería Jorge II de Inglaterra, la Universidad de Göttingen transmitía la misma

falsa modestia de quienes cruzaron la línea para entrar en el país de lo extraordinario. Venido de un país nuevo y por ende inseguro, donde parecer no tenía diferencias con ser, había esperado la grandiosidad de los palacios reales y me encontraba con una austeridad parecida al silencio.

Presenté mis documentos en la oficina de admisión, para mi tranquilidad, acaso gracias a las vinculaciones de Gaviola, me estaban esperando.

También tuve a Max Born como profesor, durante un año y medio lo frecuenté una vez por semana; después, ante el avance inevitable de lo tenebroso, dejó el país.

La genialidad, el extremo, la inteligencia absoluta, no es algo que pueda comprarse; y yo tenía destino de suburbio. Pegado a una gran ciudad, el habitante del arrabal científico puede observar la metrópolis; a veces, incluso, distinguir sus delicadas bellezas. Pero, privado de la mirada adecuada, las luces del centro en vez de iluminar lo encandilan. He sido un buen físico, un técnico capaz, un hombre de ciencia eficiente; una rueda necesaria, imprescindible a veces, pero no más que un planeta cuya razón no es otra que gravitar, cerca o lejos, según su suerte, del fuego revelador. Podía tener genio pero no era un genio. Sin la clarividencia de los elegidos, no encontraría respuestas ni formularía nuevas preguntas, no cambiaría la historia como mis maestros con la poesía de una abstracción perfecta.

La conocí una tarde de invierno en que la cabeza me daba vueltas presa del vértigo. Salía de una clase de Born, el maestro nos había dicho algo extraordina-

rio: en Cambridge acababan de demostrar la existencia del neutrón. Ella me preguntó por qué eso era tan importante, y yo traté inútilmente de explicárselo; sonrió, cómplice, ante mi torpeza. Ese día aprendí que el magiar pertenece a la familia de lenguas nacidas en los Urales.

—Se escribe con caracteres latinos y tiene influencias del turco, el eslavo, el alemán y el latín.

Klara hablaba con ardor de cuanto tuviera que ver con los idiomas. Para ella eran un universo, un cofre misterioso que guardaba las claves de lo pasado, lo presente y lo por venir.

—Para ustedes, habitantes de un continente dominado por el español, debe ser rara esta vieja Europa de infinitas hablas —los labios finos dibujaron una sonrisa de dientes blancos, mientras sus ojos gris azulados producían sin esfuerzo una mirada entre dulce y chispeante.

Había nacido hacía un cuarto de siglo en Budapest, en un barrio en el que se concentraban muchos de su antigua etnia; su casa estaba lejos de donde corrían las aguas del Danubio, a las que veía sólo durante los paseos dominicales. Pertenecía a una familia moderadamente adinerada, en la que por generaciones se habían sucedido médicos y comerciantes; ella había roto la línea esperable con la aprobación de su padre que, atento, descubrió sin desagrado su notable talento para los idiomas.

Esa precoz capacidad fue azuzada por el hecho de poseer dos lenguas maternas, el magiar y el ídish. Este último le permitió una rápida comprensión del alemán; luego, durante una adolescencia inquieta,

había cultivado el inglés para leer a Shakespeare y el francés para recorrer al terrible Apolinaire.

La simpatía rápidamente se transformó en ese sentimiento prístino y profundo, tierno y a veces egoísta que llamamos amor. Para ambos eran tiempos de descubrimientos abrumadores; habitábamos mundos diferentes con la misma avidez. A los pocos meses fuimos de visita a la casa de sus padres, estábamos tomando el té y hablábamos de nuestros estudios en la universidad cuando la madre le pidió que la ayudara a traer unos dulces. Apenas entraron a la cocina, Sara le preguntó:

—¿Tu amigo es *goim*, verdad?

Cuando volvieron, bandejas con dulces en sus manos, ambas tenían sus rostros desencajados; una estaba herida por el miedo, la otra cruzada por la ira.

Nuestro primer año fue difícil. La familia le exigió que cortase su relación conmigo o dejara los estudios y volviese a Hungría. Klara no estaba dispuesta a cortar con su familia, ni a ser esclava de sus mandamientos; de manera que se desarrolló entre los Saltzman una guerra oculta, sorda, pero presente.

A finales del verano conseguí trabajo en el consulado argentino, era un puesto subalterno pero me ofrecía una entrada segura y, como descubriría al poco tiempo, ciertos privilegios a los cuales sólo puede aspirar el mundo diplomático. Hitler había tomado el poder en Alemania y ya comenzaban las primeras persecuciones, el terror reinaba en ese mundo simple, binario y sin grises.

Al cumplirse un año de nuestro viaje a Budapest el padre de Klara la visitó en Göttingen. El viejo nos ofreció una cena en un pequeño restorán de las afueras

de la ciudad, era un hombre de modales suaves y ánimo reposado, reflexivo, que no conocía las urgencias del alma ardiente. Durante esa velada me enteré de un vecino de la familia de nombre Leó que había emigrado y les mandaba cartas dictadas por la angustia, les pedía que vendieran todo y se fueran. Según él se venían años negros. Esa noche comenté sobre mi nuevo trabajo, sorprendentemente el viejo David se mostró muy interesado y me hizo varias preguntas.

A los meses volvimos a encontrarnos, fue la última vez que lo vi. Klara había recibido una carta en la que le pedía que viajáramos a Viena. Sentados a la mesa de un antiguo bar le pidió a su hija que nos dejase unos minutos a solas, entonces supe que lo aquejaba un mal incurable.

—No me queda mucho tiempo.

Yo no sabía qué decir. Se dio cuenta de mi zozobra, me puso su mano huesuda encima de la mía y continuó:

—No es nada extraordinario hijo, viene sucediendo desde que Dios creó al mundo —una breve sonrisa—. Julián, mi amigo Leó tiene razón: se vienen momentos terribles.

Tenía la respiración entrecortada y las manos me temblaban debajo de la mesa.

—Pongo a mi Klara bajo tu protección, hijo. Tú puedes salvarla.

Sin entender le contesté:

—La cuidaré como se cuida al mayor de los tesoros, señor.

—Trabajando en un consulado podrás hacerlo.

Entonces me di cuenta, el anciano me pedía que pusiese a Klara a salvo de los nazis.

—Yo los bendigo, sólo necesito tu compromiso que vuestros hijos serán educados como buenos judíos —y me miró a los ojos con una mirada infinitamente triste, pero donde latía, aún, la llama de esperanza.

Agnóstico como era, su pedido en nada me violentaba.

—David, le prometo que sus nietos verán arder la vela del shabat.

Sorprendido por oír pronunciada en mis labios la palabra hebrea, sus ojos se humedecieron y sus labios dibujaron una sonrisa.

Lo último que mi suegro me dijo fue que no malinterpretara a su mujer, que Sara estaba al tanto de lo que él había venido a decirme.

—Ella sabe, porque es una mujer inteligente e intuitiva, que nuestra Klara ha quedado en buenas manos.

Después nos despedimos para ya no volvernos a ver nunca más. Con su aliento en mi oído escuché un gracias tierno que ascendía de las honduras de su alma herida.

David moriría en los primeros días de la primavera, dos semanas después Klara Saltzman se transformaba en mi mujer, de quien he sido, durante cincuenta años, su impuntual deudor. Ambos hechos, muerte y casamiento, sucedieron en la antigua ciudad de Budapest.

No soy hombre de fe. Lamentablemente. Sin embargo, considero posible que Dios exista y, además, enteramente satisfactorio. Él pudo haber creado el universo de cualquier manera, para eso es Dios, tal cosa está fuera de discusión. Pero eligió una, que se repite en lo infinitamente pequeño y en lo inconmensurablemente grande. Desconocemos el cómo de su creación, pero hay algo que sí sabemos: tuvo un plan, su creación tiene leyes, perfectas y bellísimas.

Todo lo que es posible de ver de cuanto él ha creado es materia o energía. Dos estados de su obra. La materia es energía concentrada, y la energía materia diluida. Existe una magia que convierte la materia en energía: condensar átomos livianos en otros más pesados, fusionarlos. Esta metamorfosis se lleva a cabo en el corazón de las estrellas y a ella le debemos la energía solar. Pero su reproducción por el hombre tiene un diabólico inconveniente: tal ardid divino se produce a temperaturas elevadísimas, de millones de grados. Un verdadero infierno.

Alguien descubrió otra manera, la inversa: el estallido. Si se rompe el núcleo de un átomo pesado se producen dos átomos más livianos. Y en ese proceso hay una pérdida de materia que se transforma en energía. Otra magia. Para lograr esto, llamado fisión, no eran necesarias inalcanzables temperaturas pero —lamentablemente había un pero— no se sabía cómo realizarlo, ya que no se encontraba el elemento capaz de pasar sin mella el escudo de electrones que rodea el núcleo atómico e impactar en él, rompiéndolo.

Hasta que se encontró.

Después de una ardua búsqueda, la criatura apareció, nítida, a la vista de sus cazadores. El hallazgo —que tanto me había impresionado de la boca de Max

Born el día que conocí a Klara— fue el neutrón. Los átomos no sólo tenían protones y electrones, adentro de sus núcleos existían también partículas con carga neutra.

Ya estaban todos los datos, ahora el genio debía combinarlos.

Descubierta la elusiva partícula, fue inevitable que alguien se diera cuenta de que gracias a su carga neutra podía atravesar sin daño el escudo de electrones. De allí a usarla como proyectil y bombardear el núcleo había sólo un paso.

Imagino con envidia la primera vez. La emoción de los científicos súbitamente transformados en magos, los latidos enfurecidos de sus corazones, la ansiedad hecha sonrisa, las lágrimas de las mujeres, los aplausos de los varones. El éxtasis. La ruptura del núcleo de uranio había originado, efectivamente, la formación de dos núcleos de elementos más livianos y una pequeña pérdida de masa transformada en una enorme, increíble cantidad de energía, según había pronosticado Einstein.

A comienzos del siglo XX las teorías físicas construyeron una nueva y revolucionaria visión del universo. A Europa habían acudido físicos de todas partes del mundo a trabajar con Bohr en Copenhague, Rutherford en Cambridge y Born en Göttingen. Eran tiempos de entusiasmo, discusión y polémica

Pero esos años de felicidad llegaron a su fin. Con el comienzo del odio, la teoría de la relatividad no fue más que charlatanería judía y, un mes después del ascenso de Hitler al poder, Göttingen se transformaba en un campo de batalla política. Había nacido el nuevo orden.

Una noche, al salir de la universidad, Klara fue seguida por unas sombras. Asustada, apuró el paso, pero fue inútil, veinte metros antes de llegar a la esquina fue interceptada bajo la luz amarillenta de un farol.

—iJüdische! —gritó alguien a su espalda.

Formaron un círculo, ella en el centro.

—iJüdische! iJüdische! iJüdische!

Klara permaneció callada.

El mayor del grupo, que no pasaba los quince años, se le acercó.

—iJüdische Hure! —gritó, enfurecido, con las venas de su cuello hinchadas y mirada incandescente.

Puta judía. Dos palabras y un infinito desprecio.

Después la escupió.

—iJüdische Hure! iJüdische Hure!

Uno tras otro la escupieron.

Klara se tapó como pudo, pero se le doblaron las rodillas.

Sin golpearla, sólo con odio y saliva, los agresores la dejaron tirada en el piso.

—iJüdische! iJüdische! iJüdische! —gritaban victoriosos al irse.

Entonces apareció un hombre alto y desgarbado, barba mal afeitada y apariencia de trabajador. La tomó del brazo, la ayudó a levantarse y le ofreció su pañuelo.

—Apóyese en mí, señora —le dijo, mientras miraba a derecha e izquierda—. La acompañaré a un lugar seguro.

—Estoy bien. Estoy perfectamente bien —Klara hacía esfuerzos por no llorar. Dura, férrea, obstinada.

Dio un par de pasos.

—Señor.

—¿Sí?

—Gracias.

—No tiene usted qué agradecerme.

El hombre hizo una pequeña pausa y abriendo los brazos le dijo:

—Este país ya no es el que era. Ya no es seguro... no para ustedes.

Alemania era irrespirable. Las duras condiciones que los vencedores le impusieron después de la Gran Guerra habían provocado un hondo resentimiento. Se produjo entonces una alquimia extraordinaria. Un mago o un demonio transformó —gracias al mercurio y al azufre— el plomo, ese metal sin valor ni jerarquía, en preciado oro. La humillación mutó en bíblico orgullo y éste, como un genio, reabrió las puertas a viejas ideas, a lo recóndito y agazapado. A lo oscuro.

Las multitudes estaban presas del frenesí de la emoción, de la venganza y del terror. Lo que no significa que ese griterío fatuo y ensoberbecido, esa ola gigantesca, ese tifón frío, no fuera racionalmente calculado para arrasar toda razón, todo argumento que se opusiera al destino nacional.

En ese universo carnal, hambriento y devorador, los individuos eran arrastrados, degradados hasta la mínima expresión. Todo alemán, fuese niño o anciano, varón o hembra, carecía de otro destino que no fuera el del Reich. En esas circunstancias mi humilde cargo en el consulado ya no bastaba para proteger a Klara. Alemania ya no era un país seguro para ella.

Así que pedí mi traslado. Además, nada me ataba a ese país y nada perdía en irme. Los mejores físicos lo habían abandonado para recalar en otras naciones, incluso poniendo en peligro sus vidas; Born, mi maestro, por ejemplo, había emigrado y yo sabía que en ese momento dictaba clases en Edimburgo.

Mi superior era un abogado de dilatada experiencia diplomática y excelentes contactos, llamado Ricardo Escalante. Como era de esperar, quiso saber los motivos de mi pedido y yo, que había pensado largamente la respuesta la noche anterior, juzgué que mentir echándole la culpa a mis estudios de Física le iba a parecer una banalidad, así que dije la verdad.

—Es húngara de origen judío. Me temo que debe salir de este país a la brevedad.

Él no dijo nada ni hizo gesto alguno y yo me fui de su oficina sin saber a qué atenerme. Poco después hubo una recepción en el consulado y Escalante se acercó a Klara.

—Me he enterado de que ha tenido problemas.

—Sí. Una pandilla.

—Los jóvenes a veces no miden sus impulsos.

—Eran nazis, señor.

—Jóvenes, jóvenes. No hay que juzgarlos con dureza...

—Basura nazi, señor. Eran *basura nazi* —lo cortó Klara, subido el tono de su voz, la respiración entrecortada por el odio.

Se hizo un denso silencio, todos miraron hacia ellos.

—Están en su país, y en su país, señora, creen tener ciertos derechos.

Por un momento creí que Klara iba a arrojarle la copa que tenía entre sus manos. El cónsul debió haber pensado lo mismo porque, al igual que yo, se acercó adonde estaban.

—La andaba buscando, estimada Klara. Tengo una apuesta con un colega peruano acerca de los orígenes del idioma húngaro, seguramente usted puede — le dijo tomándola del brazo y retirándola hacia el jardín— decirnos quién ha ganado la cena.

Logré, haciendo algunas concesiones, torcer la voluntad de Escalante. Pese al malestar que me causaban, recurrí a las vinculaciones de mi madre entre las altas jerarquías de la Iglesia. Un hombre de sotana, ubicado en la antípoda de mi pensamiento, se comunicó con un funcionario de la Cancillería y éste con el secretario del embajador en el Reino Unido, quien a su vez le pidió al cónsul en Göttingen que, dados mis conocimientos científicos, y al menos que juzgara imprescindible mi permanencia en la ciudad, aceptase mi pronto traslado a Londres.

Poco después empezamos a organizar nuestros asuntos, entre ellos desprendernos de unos pocos muebles y ordenar centenares de papeles. Fue entonces que Klara me leyó una antigua carta de Leó, el amigo de los Saltzman. Decía que iba a pasar esto y aquello, todo lo cual, en efecto, había sucedido.

—Leó tiene una increíble clarividencia para la política —me dijo ella, evidentemente orgullosa de su amigo.

Siguió leyendo hasta llegar a la despedida: "hermosa Klara, hasta que nos veamos, tuyo, Leó". Tomé la

hoja aunque no entendía el idioma, mis ojos bajaron por el papel hasta la firma, tardé unos segundos en darme cuenta del apellido que seguía al nombre, después sentí una explosión dentro de mí. Decía, claramente, Szilárd. Leó Szilárd.